

Lo que la pandemia nos enseñó sobre educación

Por Magalí Nazzarro

Trabajadora de la educación

Desde hace aproximadamente un año, nuestra realidad cambió radicalmente. Todo aquello que nos parecía común, cotidiano y obvio dejó de serlo. De hecho, aun no sabemos cuándo volverá a ser como siempre fue. En este contexto, la educación no quedó indemne y sufrió una serie de cambios radicales durante el año 2020 y también en lo que va del 2021. Desde entonces, los partícipes inmediatos y materiales de la educación, los docentes y estudiantes, hemos realizado un recorrido muy particular en el aprendimos mucho sobre educación. Cada cual podrá tener su propia apreciación, pero nadie negaría que todo lo sucedido ha sido significativo. Revisar esos cambios abruptos es fundamental para poder re-significar lo acaecido y todo lo que esperamos que suceda hacia el futuro.

Por un lado, antes de la pandemia más de una persona pensaba que la escuela estaba pasada de moda e incluso era innecesaria para los alumnos. Los miembros de la comunidad educativa que se reunían día a día en torno al proceso de enseñanza-aprendizaje, tenían reclamos de diversa índole. Por parte de los alumnos se escuchaban frases como *“la escuela es aburrida”*, *“no aprendo nada”*, *“lo mismo que hago acá lo puedo hacer solo en casa”*, *“para qué y por qué tengo que ir a la escuela”*; mientras que los docentes nos quejábamos de la falta de interés de los alumnos, de lo difícil que es ser escuchado y la complejidad creciente del ejercicio profesional. La misma radica en que se nos exige un gran compromiso vocacional con cada establecimiento educativo y también un trabajo personalizado con cada alumno a pesar de tener cursos numerosos. El problema fundamental de estas exigencias desmedidas y desconectadas de la realidad es que no fueron ni son acompañadas por mejoras sustanciales de las condiciones laborales, especialmente si hablamos de nuestros salarios empobrecidos.

Con la llegada de la pandemia, parecía que se abría una posibilidad para pensar alternativas educativas, sobre todo en los niveles más bajos del sistema escolar. La novedad de la escuela en pijamas, sin horarios estrictos ni uniformes de por medio, era tentadora. Lamentablemente, el entusiasmo duró muy poco para algunos mientras que otros descubrieron algunas bondades de esa modalidad a la par que surgían los

inconvenientes. También encontramos a quienes ni siquiera pudieron acceder a una educación de emergencia, razón por la cual no gozaron de ningún beneficio y quedaron marginados del sistema.

Hoy, ha transcurrido un ciclo lectivo completo en la virtualidad, los alumnos son conscientes de la necesidad e importancia de la escuela con todas las dificultades y limitaciones que tiene en nuestro país. Es cierto que no todos querían volver porque se sentían a gusto en casa, porque aprendieron a ser autónomos en su aprendizaje o porque les fue bien, pero la mayoría coincide en las dificultades: la comunicación mediante una plataforma es más compleja y lenta, los videos explicativos no sustituyen la explicación del profesor, la comprensión de las consignas se torna ambigua y la información disponible en internet no siempre es pertinente. También admiten no haber aprendido tanto como otros años a pesar de haber estado siempre ocupados con las tareas y haber tenido periodos de muchísima actividad. Además, las explicaciones o actividades a través de una videoconferencia se vuelven tediosas, aburridas y el tiempo de clase se hace eterno. Por otro lado, algunos alumnos vivieron una gran distracción en sus hogares, de modo tal que encontrar el momento y el lugar para poner en práctica los hábitos de estudio era casi imposible. A este contexto hay que sumarle el hecho de tener que asumir individualmente tareas que antes se resolvían en grupo. Ahora bien, todos destacan como un punto especialmente desfavorable las carencias sociales y emocionales que experimentaron por estar lejos de sus compañeros.

Como consecuencia de esta experiencia, los alumnos lejos de continuar afirmando que la escuela aportaba poco, han puesto en valor su importancia y necesidad; la idea de que en internet todo se encuentra es apreciada desde otra perspectiva, pues la información debe ser mediada para que sea útil. Con esta consciencia de la importancia de la escuela también resurge la figura y la tarea docente (a pesar de haber escuchado comentarios decadentes y despreciativos). De hecho, aunque siempre lo supimos, hoy nos encontramos con padres que reconocen lo difícil que es explicar un tema, enseñar un procedimiento, sostener la atención y los hábitos de estudio y las condiciones extremas en las que ejercemos nuestra tarea.

Por el lado de los docentes, resultó más evidente que nunca que las diferencias socio-económicas entre nuestros alumnos repercuten en su desempeño pues el punto de partida es decisivo. Además, hoy sabemos que hay muchos alumnos que esperan y disfrutan nuestra clase, nuestra explicación porque la tecnología no nos reemplaza tan fácilmente. También descubrimos que las formas de enseñar y aprender pueden ser distintas de las que siempre hemos vivido y experimentado, pero que se aprende de todos

modos. En este sentido, muchos docentes descubrieron que la tecnología y el impacto de la misma sobre los estudiantes hace que sus formas de leer, escribir, comunicarse y su ritmo de aprendizaje sean muy diferentes de aquellas a las que nosotros estamos habituados. Sin embargo, esa diferencia no es razón suficiente para justificar el desprecio que se les ha tenido, por lo cual incorporarlas a nuestras clases fue una buena práctica. Los docentes aprendimos y usamos hoy una serie de términos provenientes de las TIC como *sincronía* y *asincronía*, los nombres de diversas plataformas educativas, de videollamadas, programas, páginas de internet, aplicaciones, etc.

Como comunidad educativa, la pandemia nos permitió volver a mirar los aspectos básicos de la vida, empezando por la importancia del bienestar físico. En segundo lugar, recordamos que la escuela es un espacio de encuentro cara cara con los otros. Este encuentro irreemplazable nos permite percibir gestos, expresiones e identificar el estado emocional de los alumnos como de los otros docentes. En tercer lugar, recordamos que buena parte del proceso de enseñanza-aprendizaje depende de los vínculos que allí se establecen, pues la mejor forma de enseñar y aprender es cuando se movilizan las emociones y que el resto no se aprende o se olvida.

Para despedirme quisiera señalar que la pandemia fue y es una gran oportunidad para desnaturalizar las prácticas anquilosadas dentro de la educación y volver a conectarnos con aquello que es esencial tanto a nivel personal como educativo. A pesar de la intensidad de lo vivido, sé que aquello que experimentamos en condiciones extremas puede ser fácilmente dejado de lado cuando la normalidad vuelva a presentarse porque es lo común y lo seguro. Ojalá que en este caso no suceda lo mismo y que no olvidemos dos consideraciones valiosas: la escuela es un espacio de encuentro en el que se aprenden no solo saberes y habilidades, sino también a ser una persona dentro de una comunidad; el segundo, es que el aprendizaje que permanece es aquel que lograr captar las emociones positivas. Queda a decisión de cada docente continuar trabajando exactamente de la misma forma que antes aun si todo vuelve a ser normal.

Magalí Nazzarro es Profesora de Filosofía y de Lengua y Literatura francesas egresada de la UNCuyo, especialista en TIC y reciente egresada del Máster 2 en Ciencias del Lenguaje por la Universidad de Ruan, Francia. Se desempeña como profesora en el nivel medio y superior en instituciones públicas y privadas. Eterna estudiante, le apasiona la lectura y la búsqueda constante de saber.